

"La presa y la manigua"

sábado, 12 de mayo de 2007

Modificado el sábado, 12 de mayo de 2007

MÁsica de Papagüevos

Por Santiago Gil

Nosotros nos criamos jugando en la manigua. La presa era nuestra manigua. Desde niÁ±os aquello siempre fue algo distinto al resto del pueblo, un paisaje que desafiabas desde la altura, torrentes de agua cayendo por todas partes, la tupida vegetaciÁn de laurisilva y palmerales, recovecos, primeros cigarrillos, primeros amores, escenario de sueÁ±os y de tardes enteras tratando de entender el mundo mirando hacia las aguas mansas sobre las que dibujaban caminos los patos silenciosos.

La presa eran las tardes en que mi abuela BÁjrbara se animaba a preparar un par de bocadillos que nos comÁamos en aquel pequeÁ±o bosque que estaba entre el estanque y el dique. SalÁamos de Las Barreras, que es donde estaba mi paraÁ-so de la infancia, y que ademÁjs fue el lugar en el que yo empecÁ© a descubrir el mundo. AllÁ- vivÁ- mis primeros meses de vida y desde que podÁ-a me iba en busca de aquellas fincas que tanto saben de mis juegos y mis sueÁ±os. Pero lo mÁjs grande era la presa, aquel camino que empezaba antes de llegar al hospital. Primero te encontrabas con un torreÁn que como muchos otros que habÁ-a por todo el pueblo exhibÁ-a una calavera amenazante para que no lo tocaras. Acojonaba lo suyo aquel dibujo, y si querÁ-an asustarnos lo consiguieron de sobra: "Peligro, muerte", y al lado aquella exageraciÁn de rayos y de sÁ-mboles amenazantes. Recuerdo el momento de tocar esas puertas de metal como uno de los mÁjs intensos de mi infancia. Nunca me atrevÁ-a, me tenÁ-an que estar convenciendo mucho tiempo para que pusiera la mano al lado de la calavera. Pero la puse muchas veces, por no quedar como un cobarde. Si hubiera sido verdad no hubiera llegado nunca a escribir esto. De cualquier forma me quedÁ³ siempre ese miedo, y aÁºn hoy no me atrevo a tocar ninguno de esos torreones que entonces formaban parte del paisaje rural y urbano de nuestro pueblo mostrando una estÁ©tica que sÁ- se ajustaba al paisaje. Mi abuela no nos dejaba tocar el jodido torreÁn, como tampoco nos dejaba alongarnos a la marea que estaba justo antes de llegar al bosque y a la presa. Esa marea era mucho mÁjs peligrosa que la propia presa, pero a mÁ- me encantaba acercarme lo mÁjs abajo posible para dar de comer a los patos. De alguna manera, lo mÁjs que nos gustaba entonces de aquellas excursiones improvisadas era llevarles el pan duro a los patos, a los de la marea y a los de la presa. Uno les tenÁ-a mÁjs cariÁ±o a los primeros, quizÁj por la costumbre que siempre he tenido de querer lo mÁjs dÁ©bil, lo menos llamativo y lo que te transmite mÁjs ternura. Aquellos patos no tenÁ-an las distancias para nadar que sÁ- disfrutaban los de la presa. Por eso eran mÁjs reconocibles y cercanos, y te agradecÁ-an mucho mÁjs los mendrugos que les ibas llevando. Me pasÁ© muchos aÁ±os llevando pan a los patos silenciosos que tanto sabÁ-an de mis misantropÁ-as y mis sueÁ±os. La presa tambiÁ©n se convirtiÁ³ luego en el escenario de nuestras primeras gamberradas. Fue muchas veces el espacio de combate de nuestras peleas contra los de La Cuesta, y tambiÁ©n el lugar en el que conseguÁ-amos los tallos de las palmas con los que hacÁ-amos los arcos con los que disparÁ;jbamos las flechas de caÁ±a. TambiÁ©n nos decÁ-an que no debÁ-amos baÁ±arnos, ni en la presa ni el estanque que lleva tantos aÁ±os seco y lleno de alimaÁ±as. Pero nos baÁ±Abamos. A mÁ- nunca me gustÁ³ mucho baÁ±arme en la presa. Me metieron mucho miedo con aquello de que te chupaba el agua. Estaba todo el rato pendiente de que no me succionaran, y claro, asÁ- no hay quien disfrute del agua, del baÁ±o ni del paisaje. HabÁ-a que baÁ±arse por lo mismo que habÁ-a que tocar las puertas de los torreones, para que no nos tomaran por cagones y para poder seguir disfrutando de cierto predicamento en la pandilla. Nos vendÁ-an peligros por todas partes y nosotros no creo que pudiÁ©semos ser mÁjs felices que desafiando esos peligros, sobre todo cuando nos colgÁ;jbamos por los precipicios tratando de abrir caminos de acceso entre los riscos o las zonas mÁjs escarpadas. La presa la comparÁ;jbamos con las selvas que veÁ-amos en las pelÃ-culas, sobre todo la parte que estÁ¡ mÁjs cerca a Ingenio Blanco, por donde discurren canales de agua helada que dejaban crecer la hierba verde a su alrededor. Nosotros a aquello le llamÁ;jbamos pretenciosamente el cÃ©sped, y allÁ- nos podÁ-amos tirar largas horas remojÁ;jndonos en los canales y tratando de encontrarle el placer a eso de acostarse largas horas en la hierba. Al final lo Áºnico que conseguÁ-as era que se te metiera un carrancio en la entrepierna o en las pocas pelambreras que tenÁ-amos entonces en nuestras canillas. En ese momento siempre aparecÁ-a el bruto de turno que estaba empeÁ±ado en que la Áºnica manera de arrancar un carrancio o una garrapata era metiÁ©ndole fuego con un fÁ³sforo o un mechero. Menos mal que no me dejÁ© quemar por aquellos pirÁ³manos metidos a galenos. No quiero ni pensar cÃ³mo podrÁ-a haber sido luego mi vida sexual de haberme dejado meter un fÁ³sforo en los cataplines. Pero me fui salvando del fuego, de morir electrocutado y de acabar succionado por los fondos traicioneros. TambiÁ©n escapÁ© loco de las pedradas y de las lanzas de caÁ±a con la punta de verguilla de las guirreas. Gracias a eso pude disfrutar luego de la presa como disfrutarÁ-a un neoyorquino de Central Park o un madrileÁ±o del Retiro. Ya adolescente la presa era el lugar al que acudÁ-a en busca de respuestas. Me encantaba perderme por los campos, sobre todo por la zona que conduce a San Juan, en concreto en un pequeÁ±o bosque de laurisilva que habÁ-a si te desviabas a mano derecha. O me entretenÁ-a mirando los horizontes del mar y el Teide, o la visiÁn del casco histÁrico y el Pico de La Atalaya. AllÁ- acudÁ-a a soÃ±tar mi futuro, a penar mis primeros desamores o a dejar pasar las horas en esa edad en la que todo tu cuerpo y tu cerebro parecen estar a punto de electrocutarse a sÃ-

mismos en cualquier momento. La presa era la manigua que sosegaba mi espíritu convulso. Junto con las orillas de Agaete también fue el lugar en el que se me grabaron muchos de los versos que escribo hoy en día. No manejava entonces las palabras, pero la energía vital que tenía y que se enaltecía en aquel paisaje seguro que comenzó a escribir lo que ahora parece que invento. Viene todo de aquellas tardes, de cuando se hacía de noche y bajaba por la Cuesta de Caraballo preguntándome qué iba a hacer en el mundo, y sobre todo qué diablos pensaba hacer el mundo conmigo. Hace tiempo que no vuelvo. Cuando regresaba me gustaba ir acompañado de Tomás-n. A él iba abriendo siempre el camino cuando mi abuela juntaba a unos cuantos nietos y nos regalaba aquellas tarde memorables en un bosque que a uno ahora le parece mentira que pudiera confundir con un bosque. La presa era el lugar donde más en contacto estábamos con la naturaleza, nuestro paraíso más edificado y salvaje. Detrás de cada estela que aún queda en el agua mansa de la tarde están los ojos de todos nosotros cuando nos acercábamos al dique en busca de aventuras o respuestas. Cierro los ojos y me veo solo, con aquel aire frío de tantas tardes de invierno golpeando mis sienes, trepando por los riscos o bajando a la orilla donde los patos y las carpas conocían nuestros nombres. O me asombro igual que entonces siguiendo el vuelo majestuoso de aquella pareja de garzas reales que cada tarde danzaba sobre las aguas antes de ocupar su nido trashumante y caído en la parte más inaccesible de los riscos. Llegaban puntuales cada año. No sé si aún seguirán volviendo. No conozco el tiempo que vive una garza, ni cuántos años les suelen durar los amores. Igual hacen como las gaviotas, que cuando ven morir a su pareja se estrellan violentamente contra las rocas para ir en su busca. Se suicidan. Uno cuando escribe lo único que hace es evitar que los recuerdos terminen haciendo lo mismo que las gaviotas contrariadas. Lo aprendí hace muchos años en nuestra manigua. Abril de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)